

# Lapislázuli

Juan Grompone



La flor del Itapebí

2008

Esta historia fue publicada originalmente en “El Tesoro de las Massilotti”, Montevideo, Fin de Siglo, 2008. La presente es una nueva edición revisada y corregida, 2020.

Esta edición consta de ejemplares numerados en forma manuscrita, impresos a demanda y fuera de la circulación comercial.

Ejemplar número

© Derechos reservados, Juan Grompone, 2008.  
e-mail: [jgrompone@ieee.org](mailto:jgrompone@ieee.org)  
Web: [www.grompone.org](http://www.grompone.org)

© Editorial La Flor del Itapebí, Olmer S.A., 2020.  
26 de marzo 1185, ap. 201, Montevideo, Uruguay.  
tel: +598 2709 1620  
e-mail: [itapebi@itapebi.com.uy](mailto:itapebi@itapebi.com.uy)  
Web: [www.itapebi.com.uy](http://www.itapebi.com.uy)

Esta historia es ficticia. Solamente son reales José Garibaldi y Juan María Mastai-Ferretti, pero es dudosa la verdad de los hechos mencionados. El resto de los personajes son imaginarios y toda coincidencia con hechos o personas reales, vivas o ya fallecidas, es puramente accidental y sin la menor intención por parte del autor.



# Lapislázuli

## Viernes por la noche

–Este lugar es el escenario perfecto para una novela policial inglesa. Un hotel en un balneario pero en invierno, solitario, cuatro personas aisladas, elegidas con un criterio desconocido. Un gran maestro, Edmundo Canaglia el editor, que mueve todos los hilos y una historiadora que le ha dado un misterio como tema, Ivette Troglione. Una noche de tormenta, algunos invitados misteriosos...

Juan Grannaso se interrumpió porque quedó mudo con la imposible belleza de la rubia que había entrado al salón comedor. Tenía unos ojos de esmalte azul que le hizo pensar inmediatamente en “lapislázuli” y allí se perdieron sus pensamientos.

–Buenas noches a todos, yo soy la encargada de asistirlos durante este fin de semana –dijo Lapislázuli, con ese tono cortés que las mozas de Punta del Este empleaban, solamente en temporada, con los turistas porteños.

En ese momento se oyeron unos ladridos fuertes e insistentes.

–Sólo esto nos faltaba para tener la ambientación perfecta: el ladrido del perro –dijo Juan. Los restantes comensales se miraron entre sí como buscando una explicación. Edmundo Canaglia se sintió obligado a explicar:

–Es su muletilla favorita. Sherlock Holmes en “El sabueso de los Baskerville” habla del curioso ladrido del perro; que es curioso, precisamente, porque no ladró.

–Mi querido Edmundo –intervino Carlos Magiore– es en “Silver Blaze” en realidad. Muchas veces se cita equivocadamente este pasaje porque el título de “Baskerville” habla de perros, pero no es así. Nuestro escritor de novelas policiales lo puede confirmar.

Juan asintió con una amplia sonrisa de felicitación. Entró en ese momento un hombre corpulento, abrigado con un saco marinero de marca y por todo equipaje una bolsa de mano de cuero.

–No le ha molestado el perro, ¿verdad? Shelley es muy ladrador con los desconocidos, pero no hace más de ladrar. Es como la campanilla de La Capilla.

Perro que ladra... ya conoce –aclaró Lapislázuli.

El recién llegado se presentó como Guillermo Fox. Buscaba alojamiento para el fin de semana. Tenía unos asuntos pendientes que arreglar en Punta de Este. Era argentino y lo parecía. Hablaba solamente lo indispensable y se diría que tenía una gran preocupación. Canaglia intentó explicarle que el hotel estaba reservado para los escritores–en–capilla, que no estaban preparados para recibir público, que era un convenio especial, que no había cena, pero Fox insistía en que necesitaba alojamiento, que este lugar quedaba muy cerca de sus preocupaciones, que era una noche tempestuosa. Las razones fueron y vinieron, pero finalmente Fox dio un argumento irrefutable.

–¿La joven que está sentada en aquella mesa, no es alguien alojado en el hotel? ¿También es de su grupo?

No lo era, nadie había advertido de su presencia hasta el momento. Canaglia no tuvo más remedio que ceder y aceptar a Guillermo Fox como invitado. Superado la interrupción de Fox, Canaglia reanudó su exposición.

–He contratado a esta eficiente asistente para que los atienda todo el fin de semana. Yo no me quedaré en el hotel porque no quiero interferir con el trabajo de mis escritores. Creo que serán bien atendidos –explicó Edmundo.

Un mozo sirvió una copa de vino blanco para brindar por el éxito de los escritores–en–capilla. Carlos Magiore brindó con agua, jamás bebía alcohol.

–¿Nuestra eficiente y hermosa asistente tiene nombre? –preguntó Juan con cierta picardía– porque si no lo tiene o lo quiere ocultar, yo la llamaré Lapislázuli.

Lapislázuli sonrió complacida y asintió con la cabeza. Todos a una corearon el nombre que era muy apropiado al color de sus ojos.

–Los dejo, buena suerte –dijo Edmundo Canaglia y, saludando a cada uno, fue devorado por la noche de tormenta de fines de junio.

Los escritores–en–capilla eran cuatro. Carlos Magiore, ensayista de reconocida pluma; Luis Nipote, guionista y director de cine, ocasionalmente novelista y productor rural; Susana Caprifoglio, novelista, maestra, filósofa y Juan Granaso, ocasional escritor de novelas policiales, hijo de papá.

El tema que los convocaba era la historia del presunto tesoro que buscaban las hermanas Masilotti, que hizo bastante ruido durante veinte años hacia la mitad del siglo XX en Montevideo. Había libertad de elegir el género y el tema, pero tenía que tener alguna relación con el caso elegido por Ivette Troglione. Para esto tendrían un fin de semana encerrados en La Capilla, un conocido

hotel en Punta del Este.

\*

El hotel no tenía otros pasajeros ese fin de semana. A la tormenta desatada y una lluvia molesta que no invitaba a pasar un fin de semana en Punta del Este, se agregaba que Edmundo así lo había convenido con el hotel. El océano, embravecido y color pardo, solamente interesaba a los pescadores de brótolas que aprovechaban el mar revuelto.

Esa noche, además de la mesa de los escritores, presidida por Lapislázuli, había otras dos mesas ocupadas: la mesa de Fox y la solitaria pasajera desconocida. El salón comedor, con una docena de mesas, lucía demasiado vacío con tres mesas ocupadas. Lapislázuli invitó a los dos solitarios a que se sentaran en la mesa del grupo, así no debían cenar solos. Fox no aceptó la invitación y continuó masticando sus pensamientos. La mujer alta y altanera, de gestos decididos, castaña de ojos celeste, aceptó reunirse con todos para deleite del volátil Juan.

—Me llamo Gabriella Credente, soy de San Carlos y estoy en aquí este fin de semana para arreglar unos asuntos de mi campo y concretar unos negocios. No me viene mal un poco de compañía en estos malos tiempos —dijo a modo de introducción mientras tomaba asiento en la otra cabecera de la mesa.

El primer plato era una sopa de tomates, sorprendentemente bien hecha, con sabor fresco, cuidadosamente espesada, con perfectos *croûtons* en forma de cubos tal como indica la tradición. La conversación giró sobre temas insignificantes. No había demasiada confianza entre los seis comensales y esto se reflejaba en la cautela sobre los temas. El tannat rojo que bebían, a medida que descendía aumentaba el espesor de la conversación.

El segundo plato fue una sorpresa agradable. Una *lasagna* de masa verde cuyo relleno alternaba *ricotta* con un puré de alcauciles. A pesar de que los alcauciles estaban fuera de estación, conservaban intactos su sabor. Juan le preguntó al mozo por el secreto y dijo que la cocinera siempre guardaba corazones de alcauciles congelados para usar en el otoño y comienzos del invierno.

—¿Estás aquí por negocios? —preguntó Juan, deseoso de cambiar la dirección de la conversación hacia la rubia o la castaña, la que le respondiera primero—según he creído entender.

Gabriella cortó un trozo pequeño de *lasagna* y lo llevó a la boca. Hizo un gesto de disgusto. “Alcauciles”, dijo y llamó con un gesto autoritario al mozo.

–Llévese esto, no puedo soportar los alcauciles. Traígame unos tallarines, unos raviolos, unos fideos, lo que tenga, pero llévese esto lo más lejos posible.

El mozo, obediente, pidiendo disculpas innecesarias, desapareció con el plato de *lasagna* y regresó en minutos con unos *spaghetti* cubiertos por una salsa roja que parecía *ketchup*. Gabriella la saboreó y expresó su satisfacción. Sin embargo era *ketchup*.

–Estoy aquí porque tengo que vender mis campos, los campos de mi padre. He pasado toda mi vida en San Carlos y ahora, con esta maldita política y con la prédica de algunos presentes que no quiero nombrar –era evidente que había una alusión personal allí– el ganado ya no es negocio en este país. Ahora sólo vale la soja que es la única que puede sobrevivir al dólar atrasado que hay hoy y que seguirá, según anuncian.

Se creó un silencio incómodo que solamente Carlos intentó romper.

–Así es la economía capitalista, mi estimada. Hoy los chinos comen y compran soja, la carne roja no les interesa. He leído que una hectárea de soja produce 850 dólares por año en tanto que una de ganado fino produce la décima parte. No produce un poco menos, se trata de la décima parte. ¿Quién puede querer criar ganado?

Los escritores–en–capilla asintieron convencidos por el argumento de Carlos. Pero Gabriella no se calló y atacó nuevamente.

–Este gobierno no entiende lo que es producir. Hoy la soja es un éxito, pero mañana no la querrá nadie. Los chinos compran porque, al retirar gente de los campos agrícolas, se han quedado cortos de alimentos. En poco tiempo volverán a ser autosuficientes y no comprarán más. En cambio, siempre se seguirá comiendo carne de buena calidad.

–El fenómeno de Malthus –acotó Juan, pero nadie se interesó por su comentario, de modo que prefirió no insistir.

–Es posible que tengas razón –concedió Carlos– pero no son los chinos ni el dólar lo que te trae a mal, es la tecnología, la falta de modernización de la producción.

–Eso –agregó Juan, esperando que ahora fuese escuchado– el Uruguay Tecnológico. Lo que necesitamos es incorporar más y más tecnología. Computadoras sobre los tractores para arar día y noche. Computadoras en los tambos, para ordeñar y clasificar la leche. Computadoras para registrar la historia de cada animal del campo mediante caravanas. . .

Gabriella enrojeció de evidente disgusto y no pudo contenerse.

—Ya hemos oído sus historias tecnológicas. A *usted* (remarcó la palabra) le falta mucho barro en los zapatos y le sobran muchas computadoras. Esa carne que come frecuentemente es una carne natural, producida en este país, con paisanos reales que andan a caballo y que apenas tienen luz eléctrica. ¿Dónde está la tecnología en un país que no está terminado de electrificar? O si lo está, hay que esperar a que llueva. O si llueve, entonces no funcionan los teléfonos. O si los teléfonos funcionan, Internet no. O si Internet funciona en mi campo, entonces es muy, muy cara. Sabe dónde puede meterse su Uruguay Tecnológico. . .

Lapislázuli intentó calmar los ánimos, pero tanto Gabriella como Juan continuaron la discusión sin importarle los demás comensales que los miraban con asombro. Ni Carlos, que su voz apaciguaba las discusiones, o la *tarte tatin* que lucía apetitosa, pudo detener la discusión. Finalmente, enojada, Gabriella se levantó de la mesa y se perdió entre los corredores de La Capilla gritando “algún día se arrepentirá”.

\*

Terminada la cena, el grupo se dispersó. La mayoría prefería trabajar en sus habitaciones. Juan había elegido para trabajar una mesa cerca del ventanal que miraba hacia el patio interior así podía disfrutar de la vista del prado verde, porque era una de las pocas que tenían un tomacorriente para encender la computadora. Se sentó a escribir, pero esa noche inicial no estaba particularmente inspirado. Decidió que una copa no le vendría mal y se acercó al bar. Allí estaba Fox, taciturno, bebiendo lo que parecía *Cognac*.

—¿Es bueno ese *Cognac*? —preguntó Juan, más para iniciar una conversación que para obtener un resultado de cata.

—No es XO —respondió Fox lacónico.

Seguramente no había *Cognac XO* en el bar del hotel, esto era por demás evidente. Punta del Este es una ciudad de whisky, especialmente el “etiqueta”. Aquella palabra condensaba el sentir porteño acerca del whisky y quería decir “etiqueta negra” como si fuese una clase de whisky lujoso y no meramente una merca comercial.

—No estamos en temporada y éste es un bar de hotel, no una cava de licores. Nada de *Cognac* fino, *Armagnac* ni sueño, mucho menos *Chartreuse vert* o *Calvados* viejo. Vivimos en la zona del whisky y los grandes licores franceses

no son ni populares ni conocidos –respondió Juan en un intento por encontrar un punto para iniciar una conversación.

–Comprendo –dijo brevemente Fox.

–¿Es su primera vez en Punta del Este? –exploró Juan, ya que con las bebidas no habían tenido éxito.

–Ojalá lo fuera, ojalá nunca hubiera conocido este lugar, ojalá pudiera olvidar este lugar y toda su gente.

Fox había dejado una puerta abierta. Juan, que era curioso de alma, intentó ingresar en esta historia que había sugerido. Punta del Este es un sitio de negocios o de *touch & go*. Intentó imaginar cuál sería la historia. Fox vestía en forma elegante, algo deportiva, de marca. Tenía una posición acomodada, sin duda. Su reloj también lo confirmaba. Beber *Cognac* y conocer su clasificación lo situaba, tal vez, en la capa alta de la sociedad porteña. No tenía el acento italiano del porteño popular y esto también lo confirmaba. Pero sus respuestas no permitían avanzar mucho más. Razonó Juan que no tenía el aspecto de hombre que viene por negocios, no traía maletín de mano y el invierno o el lugar no eran los más apropiados. Se inclinó entonces por una aventura pasajera. ¿Acaso no deseaba que desaparecieran todos los habitantes de Punta del Este? Arriesgó una hipótesis: Guillermo Fox había vivido una aventura infeliz en Punta del Este y regresaba a completarla. Entonces se aventuró.

–¿Quién era ella?

La reacción de Fox fue inesperada. Bebió de un trago el resto de su copa y por señas pidió otra. También la bebió de un trago. Cuando bajó la cabeza para pedir la tercera, unas lágrimas corrían por sus mejillas. Pero no dijo ninguna palabra, como aceptando el melodrama. Juan permaneció en silencio y pidió también su copa de *Cognac*. Continuaron bebiendo en silencio, copa tras copa, porque aquel diálogo era imposible. Cerca de la medianoche, Juan intentó regresar a su computadora para escribir algo, pero ha quedado mareado e impresionado con la historia –o la no historia– de Fox. No podía trabajar y mejor era irse a dormir.

## La mañana del sábado

Cuando Juan llegó a desayunar solamente vio en el salón a Gabriella Credente que bebía café negro y revisaba unos cuadernos llenos de anotaciones. La noche anterior habían mantenido una áspera discusión pero la mujer que veía por la mañana le parecía diferente de la brava leona de ayer. Ahora vestía ropa

casual, como recién salida del lecho, parecía acalorada y distraída. Esta vez la contempló como una mujer.

Gabriella no era hermosa, pero tenía su encanto. Era una mujer grande y decidida, acostumbrada a las tareas del campo. Juan se solazó con desnudarla con la imaginación, imaginarla a caballo de piernas abiertas, pensar cómo sería cuando se bañaba en el arroyo que seguramente tenía en su campo, disfrutaba –como lo haría toda la peonada– de ver el culo de la patrona mientras nadaba. “¿Se depilará?” se preguntó en intentó imaginarla así. En esto estaba cuando Gabriella advirtió su presencia y le dirigió la palabra.

–Estimado Grannaso –lo dijo con evidente ironía– no nos vamos a poner de acuerdo nunca sobre el futuro del país. El suyo está lleno de máquinas y el mío no. Yo conozco sus opiniones porque lo he leído. Tenemos mucho para discutir. De todos modos creo que ayer estaba muy molesta y fui grosera con usted. Quiero disculparme por eso.

–Una dama nunca es grosera, respondió zalamero, excepto cuando me trata de ese rígido “usted”. ¿No nos podemos tutear?

–No tengo ningún problema en tutearte, pero eso no cambia nada mis opiniones. Estamos en veredas opuestas. Somos enemigos, creo que para siempre.

–¿Qué puedo hacer para cruzar la vereda?

–Se dice que hablando se entiende la gente, pero yo no estoy muy segura. En cambio creo que bebiendo sí se pueden entender. Me dijo un pajarito que sos bueno para beber, ¿por qué no nos encontramos esta noche y nos tomamos unos tragos? No llegaremos a ponernos de acuerdo, pero podemos pasarla bien. Eso sí, yo solamente bebo *Cognac* del bueno.

–Estoy a tus órdenes, dónde nos vemos.

–Tu habitación es la 119, ¿verdad?

–Me ha resultado curiosa la mocita, dijo Juan fingiéndose campechano. Veo que ese pajarito te contó muchas cosas sobre mí.

–Sé unas cuantas cosas sobre ti, te sorprenderías. Es más, hace mucho tiempo que quiero tener esta discusión porque me molesta que opines así sobre la producción del campo. Ya veremos. Hoy tengo que atender unos negocios todo el día, pero esta noche podemos encontrarnos. ¿Es un trato?

–Nada hay mejor para firmar un acuerdo que un beso. . .

–No te entusiasmes que te podrías llevar alguna sorpresa.

Gabriella Credente se levantó de su lugar, recogió sus papales y lo saludó con la mano. Juan, si bien fracasó en su intento de besarla, pasó todo el día es-

timulado por lo que prometía ser una cita galante inesperada. Tal vez la tigresa tenía hambre.

## Sábado por la noche

Todo el sábado continuó lluvioso y frío, como para demostrar que el mes de junio –que suele ser el más inclemente del año– no se andaba con bromas. Nadie pudo salir a caminar. Los escritores–en–capilla debieron trabajar todo el día, con las únicas interrupciones cuidadosamente programadas por Lapislázuli: desayuno a las 9:30, almuerzo a las 13:00 y cena a las 20:00, todo con una puntualidad alemana que hacía cumplir con rigor.

La rubia no parecía alemana, pero tampoco abandonaba su fría cortesía. Juan intentó en más de una ocasión romper el hielo, pero Lapislázuli siempre encontraba una manera de evadir sus intentos. No la logró conmover con su té verde durante el desayuno. Juan había traído un pote de té chino y convidó, pero todos rechazaron cortésmente su invitación, algunos con un gesto de desagrado.

Gabriella no apareció en todo el día por La Capilla. Ni siquiera se la vio a la hora de la cena. Juan comenzó a impacientarse pero al ver llegar a Lapislázuli pensó “a falta de una, está la otra”.

En la cena, Juan se sentó a su lado, pero la rubia continuó con la indiferencia que había mantenido hasta el momento. Lapislázuli, por toda respuesta, engulló la ensalada de hongos frescos, parmesano y *rucola* que se ofrecía en una *tulipe* también de parmesano, pero no le dirigió la palabra, apenas una sonrisa antes de cada bocado. Juan pidió una botella de un buen Malbec mendocino y la invitó a catarlo. Lapislázuli le hizo todos los honores al vino con estudiada maestría: arealo, girarlo, ver caer la lágrima, olfatearlo, contemplar su color y, finalmente probar un sorbo minúsculo para asentir. Con una sonrisa el mozo la contemplaba extasiado.

El segundo plato fue un chasco para los planes del galante Juan: una bróto-la –hija de la tormenta– con hierbas frescas, laurel, tomillo y eneldo en justas proporciones, acompañada de lonjas casi transparentes de papa. El plato no aceptaba el rigor del Malbec. Lapislázuli ordenó una botella de torrontés del Norte argentino y, a modo de cumplido, invitó a Juan a catarlo, con la advertencia “un hombre debe ser muy varonil para apreciar este vino insistentemente considerado para damas”. Juan lo cató y lo encontró demasiado dulce, muy frutado, “un vino para damas”, pensó, pero hizo todo el ritual como si lo

apreciara. Carlos captó la ironía de la situación y esbozó una sonrisa que pocos comensales advirtieron. Como postre ofrecieron unas guayabas en almíbar, evidentemente caseras, y un gran pote de crema batida.

Juan intentó nuevamente el juego del té, ahora con Assam, pero tampoco tuvo éxito: Lapislázuli tomaba café. Terminada la cena, Lapislázuli saludó a los presentes y se retiró. Tenía algunos asuntos que completar para organizar la jornada del domingo y ya estaba algo atrasada.

En la sobremesa Juan comentó que estaba escribiendo un cuento policial sobre el tesoro de las Masilotti pero no quería entrar en más detalles. Esta confesión provocó otras. Carlos escribía un ensayo sobre la formación de los consensos y los medios de comunicación. Su ejemplo eran las hermanas Masilotti que lograron convencer al país feliz de 1951 de que existía un tesoro a descubrir. Susana escribía sobre las hermanas Masilotti y su peripecia en un país desconocido, un idioma desconocido y una burocracia difícil de mover. Le interesaba la historia humana de aquellas indómitas mujeres. Luis sorprendió diciendo que prepara un guión de cine –o algo parecido– ambientado en California, pero no explicó ni el alcance ni su vinculación con la historia de las Masilotti en cuestión. Luego de los cafés y tés resolvieron que debían volver a trabajar o descansar y se dispersaron.

Más tarde, sentado Juan en su rincón del salón para trabajar más confortablemente que en su habitación, vio pasar a Lapislázuli más de una vez, pero no logró abordarla. Tal vez, si la invitaba con algo más fuerte que el vino, la situación mejoraría. Los intentaría. Realmente no sabía qué hacía la rubia con su tiempo, se imaginaba que tenía conferencias con Edmundo para informarle la marcha de los escritores–en–capilla, pero era solamente una conjetura.

\*

Luego de haber fracasado en todas sus tentativas de aproximarse a Lapislázuli, Juan optó por beber una copa en el bar. Nuevamente allí estaba Fox, bebiendo *Cognac*. A modo de aproximación Juan comentó, en forma críptica, su frustración con Lapislázuli.

–¿Qué misterio son las mujeres? No hay manera de comprenderlas. Has visto a la rubia, la de nuestra mesa, es la organizadora de este evento. Es todo sonrisas y amabilidad. Te mira como si fueras el centro del Universo y lo más importante para ella, sin embargo no hay manera de acercarse. Giro en círculos y estoy siempre a la misma distancia de ella.

–¿Estás de conquista? Yo creía que todo esto era un evento literario –dijo Fox, lacónico.

–Es un evento literario y siempre estamos de conquista. Geometría y pasión, decía un buen hombre que conocí una vez, divagó Juan.

–Yo no estoy de acuerdo. El amor es constancia, es fidelidad, es sacrificio, es vivir para el otro –contrastó Fox. No se puede tomar a la ligera.

–Eso sólo es geometría, le falta la pasión. Ese destello que hoy se recibe de una hermosa mujer y mañana, de otra. El amor es un amor precedido por una sucesión de amores. La pasión es una pasión precedida por una sucesión de pasiones. El *Cognac* es una copa precedida por una sucesión de copas de *Cognac*. Un número es un número precedido por una sucesión de números.

–¿Nunca has pensado en el dolor y las frustraciones que dejas por el camino con esta volátil filosofía? –Fox dijo esto, serio de solemnidad.

–La recursión mueve al mundo –afirmó Juan bebiendo hasta el fondo su copa. ¿Qué otra cosa hizo Borges que escribir, una y otra vez la misma historia recursiva, autorreferencial?

–Aún la recursión necesita un punto de apoyo, un comienzo firme como la palanca de Arquímedes –Fox bebió su copa de un trago– y también tiene un fin. Algún día tú encontrarás tu fin.

–Está muy lejano –dijo Juan, bebiendo copiosamente.

–Nunca se sabe... –respondió Fox, dejó de beber, saludó con la mano y se perdió en las galerías. ¡*Ciao, caro!*

## Domingo por la mañana

La mañana del domingo estaba despejada. Había un raro sol de junio que había disipado los dos días de lluvia cerrada. Luis, ahora también hombre de campo, se despertó como todos los días de trabajo y salió a caminar para aprovechar el día hermoso que se anunciaba.

Recorrió la capilla vecina a La Capilla y notó por primera vez que la figura de la entrada era un ángel pescador y no una imagen de Jesús como creyó a primera vista. O, al menos, así lo interpretó. La piedra gris y la enorme representación de lo que asemejaba a una gran carpa japonesa no parecía decirle nada, así como tampoco el aviso de la misa de 11. Decidió caminar hasta la costa. En el camino había árboles caídos por el fuerte viento del sábado. Si bien la arena había absorbido casi toda el agua con esa sed que poseen los médanos de Punta del Este, por las calles de asfalto corrían ríos en dirección al mar.

La mañana estaba fresca, pero no exigía más que un abrigo liviano. El calor de la caminata hacía el resto y Luis pudo resistir el viento de la costa sin mayores sobresaltos. El mar continuaba bravo, pero ya no era color de león –como recordaba de Lugones– sino que recuperaba paulatinamente el color verde claro que le prestaba la arena revuelta. El perfil de la Playa Brava hacia la península presentaba una bruma que borraba los contornos, demasiado civilizados para su gusto, de la Punta del Este que edificaron los argentinos.

En el medio del horizonte, como siempre, imperturbable, aparecía la Isla de Lobos, esa roca en medio del océano que, a la distancia, no muestra signos de vida. El faro, un falo blanco erecto, le recordó inmediatamente a Naná. Años atrás había comenzado un guión para una película a mitad de camino entre una documental y la ficción. El prostíbulo de Naná, de fama internacional, era un tema de evidente interés y la propia Naná –retratada en varios libros y en entrevistas de la televisión– era más dama que madama, más sexóloga que empresaria. En una breve entrevista que le concedió pero que, por razones de pacatería suya tal vez, ocurrió en una mañana soleada como aquella, en la desolada costa de primavera. Allí se enteró de tantas y tales cosas que desistió de inmediato del proyecto. Ahora tal vez él y el país estarían más preparados para una aventura semejante, en aquel entonces no. Con esta idea adormeció la sensación de que no fue, una de las más desoladoras de las experiencias humanas.

Caminó bastante más de una hora y cuando consultó el reloj vio que debía apurar el paso para llegar a la hora de encuentro del desayuno. Carlos Magiore, gran madrugador, fue el primero en llegar a desayunar. Para su sorpresa, estaba Edmundo sentado en la mesa. Luis llegó a tiempo y casi simultáneamente con Susana.

–¿No era que no vendrías en todo el fin de semana? –interrogó Luis, sorprendido como todos los demás.

–En realidad he venido porque tenemos una pequeña emergencia. Me han avisado esta mañana que Lapislázuli –como le llaman– no estará para organizar el último día, tal como estaba previsto. Su habitación está vacía, se ha llevado todo, se fue –dijo Edmundo a modo de explicación de su presencia allí.

–Anoche, cuando me retiré a mi habitación –comentó Susana– ella quedó conversando con Juan. Recuerdo que yo pensé “lo consiguió, logró romper el hielo de la rubia”. Yo no lo conocía a Juan, pero sí conocía su fama de seductor. Una amiga mía, que no debo nombrar, me advirtió que Juan tenía el encanto de las víboras que hipnotizan, algo que no se puede describir, pero que encanta.

A pesar de que es un hombre sin ningún atractivo físico.

—Pues Juan se demora, creo que se ha dormido tarde, o bien tu interpretación, Susana, es acertada y algo ha sucedido entre ellos —dijo Edmundo, con una cierta inquietud que no podía disimular.

—Ya comienzo a preocuparme —dijo Susana—, es mi instinto maternal como dice Carlos, creo que habría que llamarlo o hacer algo.

Edmundo, como obedeciendo la idea de Susana, se levantó y se dirigió a la galería. Las piedras lajas del suelo todavía estaban húmedas y resbaladizas por la lluvia del día anterior. Golpeó en la habitación 119 pero nadie respondió. Volvió a golpear y tampoco tuvo respuesta. Algo preocupado se dirigió a la recepción. Desde la mesa del desayuno lo interrogaron, pero Edmundo prefirió ignorarlos. Le explicó al encargado que necesitaba una llave maestra porque estaba preocupado. Juan Grannaso parecía haberse dormido más de la cuenta y la situación era rara, era un hombre orgulloso de su puntualidad y lo blasonaba todo el tiempo. El encargado lo acompañó siguiendo los pasos nerviosos de Edmundo. Abrieron la puerta de la habitación 119 y lo encontraron. Un “¡puta madre!” se escapó del encargado. Juan, sentado en su silla, tenía la cabeza apoyada sobre la mesa y la computadora. La máquina todavía estaba encendida. Juan estaba muerto.

Sobre la improvisada mesa de trabajo había varios papeles impresos y algunas notas manuscritas. Tal parecía que Juan estaba trabajado y había sucedido algo. A su lado, en uno de los vasos de la habitación, había un resto de una bebida ambarina. Otro vaso estaba sobre la mesa de luz, también con un resto de bebida. Sobre la mesa había una botella de Camus XO, abierta, a la que faltaba un par de copas, nada más.

—Hay que llamar a la policía inmediatamente —dijo Edmundo y el encargado asintió nerviosamente.

El hombre intentó regresar a su mostrador, pero Edmundo lo detuvo mientras cerraba la puerta con llave.

—Llame inmediatamente, ¿conoce el número? —le dijo Edmundo— Por el momento debemos mantener la calma y evitar que alguien entre a esta habitación. Todo debe quedar como está hasta que llegue la “técnica”.

El hombre balbuceó un número e hizo la llamada. En breves palabras explicó la situación y pidió la inmediata intervención de la policía. Le respondieron que en diez minutos estarían allí. Cuando Edmundo se reunió con los restantes escritores—en—capilla y les comunicó la noticia, no podía dar crédito

a lo sucedido. ¿Cómo sucedió? ¿Qué ha pasado? ¿Cuándo fue? ¿Era cardíaco? y otras preguntas similares que no se podían responder. Habría que esperar a la policía.

La parroquia vecina a La Capilla abrió sus puertas. Una pequeña muchedumbre salió de la misa de 11. Subieron a sus automóviles y se perdieron en la mañana de Punta del Este. Una mujer joven montó en su bicicleta y se fue pedaleando. La vida terrestre continuaba, indiferente a la muerte de uno de los escritores–en–capilla.

\*

El inspector Alejandro Cotelo era alto, delgado, de cabello muy corto y negro. Usaba todo el tiempo lentes oscuros, aún en la penumbra de las habitaciones. Vestía de negro de pies a cabeza. Un bigote militar infaltable terminaba de ocultar su rostro. No impresionaba como policía, pero tal vez así eran los policías de Maldonado. A la distancia parecía una hormiga gigante sacada de una película clase B.

–Me imagino que nadie ha tocado nada –dijo el comisario al entrar a la habitación 119– Todo, hasta el más mínimo detalle, puede ocultar una pista en un caso policial.

A continuación revisó minuciosamente la habitación, husmeó los vasos y murmuró “Cognac”. Agregó luego para sí, al ver la botella de Camus XO, “y es del bueno”. Con un pañuelo –para evitar contaminar las huellas digitales, imaginó Edmundo que miraba su accionar desde la puerta– examinó someramente la pantalla de la computadora. Luego, con la habilidad de un experto, la apagó, la plegó cuidadosamente y la colocó en su estuche. Pidió a uno de los policías que lo acompañaban algunas bolsas de polietileno y guardó allí los vasos y la botella. Hizo algo inesperado: tiró el contenido de los vasos en la pileta del baño. A modo de explicación dijo:

–La “técnica” examinará los restos de las copas, no es necesario más. Si hay trazas de algo, las encontrará.

La policía técnica se hizo presente una hora después. La dirigía una persona con cara de borrachín y de haber trasnochado. ¿Quién puede exigir algo en Punta del Este la noche del sábado, aún en invierno? Revisó someramente la habitación, en una forma que los escritores–en–capilla –que procuraban no perder detalle de lo que acontecía, detrás de lo que el voluminoso cuerpo

de Edmundo les dejaba ver— les pareció demasiado ligera para investigar una muerte. Pero finalmente, con un gesto cansado se retiró y dio a entender que ya nada nuevo podría obtener de allí.

Minutos después el inspector Cotelo ordenaba retirar el cadáver y todo el contenido de la habitación 119. Una mucama del hotel no lo habría hecho mejor, la habitación estaba nuevamente inmaculada como si allí nada hubiese sucedido.

\*

Los escritores—en—capilla no salían de su asombro. Uno de ellos había muerto, las causas se desconocían, pero la policía no era un síntoma tranquilizador. Otro mal síntoma era la desaparición de Lapislázuli. Ya eran las once de la mañana pasadas y continuaba sin aparecer. Comenzaron a murmurar.

Regresó el inspector Cotelo y los reunió alrededor de una mesa del comedor, con mantel blanco para mejor claridad de los hechos. El sol intentaba asomarse y hacía que la vegetación que bordeaba al salón comenzara a resplandecer de color.

—Señora y señores —comenzó el inspector— creo que nos encontramos delante de un asesinato. El forense todavía no se ha expedido pero, por mi experiencia, creo que Grannaso ha muerto envenenado por la bebida que ha tomado. Según lo que he averiguado en la recepción de La Capilla, esta noche había siete pasajeros en el hotel: los cuatro escritores, la rubia —que nadie sabe cómo se llama, pero que le dicen Lápiz Azul por iniciativa del muerto, y que ha desaparecido—, la estanciera de San Carlos y un argentino que se llama Fox, que todavía duerme en su habitación. Hay un hecho importante que he averiguado ya y tiene que ver con el ladrido del perro Shell del hotel.

“Otra vez el ladrido” —pensó Carlos— “ya no hay ideas originales y las viejas aburren”.

—Shelley —dijo Luis, para romper el hielo que había creado el inspector.

—Shelli, Shell, Texaco, no me importa. El hecho importante es que el perro anoche no ladró. Esto quiere decir que ninguna persona entró a La Capilla durante la noche. Entonces, si alguien asesinó a Grannaso como lo sospechamos —esto lo confirmará el forense en algunas horas— fue uno de ustedes: los escritores—en—capilla; o fue el argentino Guillermo Fox que lo tenemos bien

vigilado en su habitación con un oficial en la puerta de su habitación; o Gabriella Credente que he mandado buscar o la rubia que ha desaparecido, ésa que llama Lápiz Azul.

–Lapislázuli –se atrevió Luis a decir– es el nombre que le puso el pobre Juan.

–Como diga, me tiene sin cuidado. El hecho es que ha desaparecido y esto la convierte en la sospechosa principal. De todos modos procedamos con la rutina. ¿Dónde estaba usted anoche? –dijo dirigiéndose a Luis.

–Estaba escribiendo en mi habitación.

–¿Tiene testigos?

–No tengo, a menos que tome a la computadora como testigo. Ella tiene la hora en que dejé de escribir y luego me dormí.

–Una computadora no es un testigo, usted puede cambiar la hora como le convenga. ¿Y usted? –dijo dirigiéndose a Susana.

–Yo soy una maestra inocente, ¿no se me ve en la cara? –dijo Susana con evidente malicia que nacía de su nerviosidad.

–Le creo –dijo el inspector convencido que era verdad– y usted, que es una persona importante –dirigiéndose a Carlos con algún tono de rencor.

–Inspector, yo no tengo ningún testigo ni ningún argumento, pero soy inocente y creo que esto se me ve en la cara y en mi candor con el cual enfrento a todas las circunstancias de la vida. Soy una persona simple y transparente.

–Abogado pico de oro, ¿no es verdad? –repitió el inspector– lo escuchamos los viernes en la radio. Sí, sabemos quién es usted, pero no puedo descartarlo de la lista de los sospechosos todavía. ¡Oficial! ¿El señor Fox no se ha levantado todavía? Esto casi es sospechoso, pero más lo es la rubia escapada. Investigue estos casos, ¿quiere?

El oficial salió presuroso hacia ninguna parte. El inspector continuó con su encuesta.

–Yo arresté a Juan Grannaso en 1973 y permaneció bajo mi custodia unas semanas. Lo liberamos porque no teníamos mayores pruebas. Era sospechoso pero su familia tenía mucho dinero y se las ingenió para que lo liberáramos. Si hubiese sido en 1975 lo habríamos encerrado por varios años, con pruebas o sin ellas. Él se la cobró sin embargo, me puso en alguna de sus novelas. No en forma clara, pero yo me reconozco. El que la hace la paga y yo acepto pagarla así, es casi gratis. Ahora me toca el turno de investigar su muerte. Ironías de la vida. Pero juro que encontraré al culpable. Es algo que le debo y que puedo

pagar ahora. En resumen, cualquiera de ustedes puede ser culpable. ¿Hay otras personas alojadas en el hotel?

Canaglia, como organizador, le explicó al inspector que se trataba de un fin de semana muy especial, le contaron las líneas generales del “encierro” y de la razón por la cual no había más pasajeros que Guillermo Fox, al cual se había aceptado como una excepción por su llegada nocturna en una noche muy fea de invierno y Gabriella Credente, que no se sabía bien cómo había logrado alojarse en La Capilla.

–Bien, los interrogaré, pero creo que todo apunta a la rubia –sentenció el inspector.

\*

El inspector Cotelo recibió el informe de la policía técnica. Juan Grannaso había muerto envenenado con el *Cognac* de la copa que se encontró a su lado. Ni la botella ni la otra copa tenían rastros de veneno. La hora de la muerte era posterior a las 12:43, porque ésta era la última hora registrada en los documentos de la computadora. La prueba no era concluyente, pero daba una referencia razonable. Era un asesinato premeditado según toda la evidencia. Al hotel no había entrado nadie esta noche, lo aseguraban los funcionarios de la recepción pero además lo confirmaba el perro, que no había ladrado en ningún momento. El asesino era uno de los pasajeros sin lugar a dudas.

“Entonces la rubia desaparecida es la principal sospechosa, siempre que podamos encontrar un motivo” se dijo el inspector para sí, pero de todas maneras la rutina policial exigía interrogar a todos los involucrados. Gabriella fue la primera.

–Explíqueme primero ¿qué hace alojada aquí ya que tiene un caserón en San Carlos y cómo consiguió alojamiento en este sitio reservado para los escritores?

–Es asunto mío y no le importa –respondió Gabriella con un tono casi insolente.

–¿Qué tiene que decir del día de ayer? –el inspector ignoró la respuesta anterior.

–Yo estuve todo el día sábado en San Carlos. Como ya he dicho varias veces, tengo asuntos que arreglar para vender mi establecimiento y trabajé todo el día allí. Cualquiera de mis empleados lo puede confirmar. Mire el barro de mi

camioneta, creo que es una evidencia concluyente. Llegué cuando era noche cerrada. Me duché, miré algo de televisión. Como estaba medio tensa, pedí a mi habitación un whisky doble, sin hielo. Es seguro que en lobby lo recuerdan y tienen anotada hasta la hora en que fue. Luego me dormí. Es todo lo que tengo que declarar. Soy una vecina de San Carlos de toda la vida, no tengo nada que ocultar.

Cotelo confirmó punto por punto lo dicho por Gabriella Credente y no vio motivos para continuar con ella. En su opinión era inocente, no tenía motivos y tampoco parecía tener oportunidad. Había pedido su bebida a las 11:15 y era creíble que en menos de media hora, entre la bebida y el cansancio, estuviese dormida. El inspector tomó su dirección, teléfono y manera de localizarla y le dijo que podía marcharse cuando quisiera.

El segundo interrogado fue Guillermo Fox. Se comprobó que tenía documentación argentina, un pasaje aéreo Buenos Aires – Punta del Este. Era un perfecto desconocido para todos, no tenía motivo plausible para matar a Juan, pero era la última persona que había visto a Grannaso.

–Efectivamente, estuvimos bebiendo *Cognac* en el bar, igual que el viernes de noche. Hablamos de temas perdidos, discutimos sobre el amor y otros pesares. Luego nos fuimos a dormir. Era cerca de medianoche, tal vez las 12 menos cuarto.

–¿Qué hace este fin de semana en Punta del Este? –interrogó– y no le aceptaré que es un “asunto personal”, hablamos de un asesinato. . .

–Usted me considerará un sentimental y no me importa. Tengo un mal recuerdo del verano pasado en Punta del Este. Estuvimos en La Capilla, mi mujer y yo, no quiero entrar en detalles íntimos. Vine a ver si podía neutralizar este mal recuerdo. Usted me puede creer o puede no hacerlo y acusarme de algo.

–¿Usted vio llegar a Gabriella Credente anoche? –preguntó el inspector.

–Sí, claro. Llegó tarde. Después de las 10, pero no puedo precisarle la hora. Venía del campo, tenía las botas embarradas y parecía cansada. Ni Grannaso ni yo hablamos con ella.

El inspector tampoco encontraba motivos en Fox para un asesinato. Tomó sus datos y lo dejó marchar, cosa que Fox hizo de inmediato. Minutos después cerró su cuenta, saludó al inspector Cotelo y se marchó de La Capilla.

Los tres escritores–en–capilla no tenían mucho para declarar. Magiore, gran madrugador, luego de la cena, se retiró a su habitación, leyó algunas líneas y se

durmió. Tal vez serían las 10:30, no podía precisar la hora. Hizo un comentario convincente: “Mi habitación está en el extremo de la galería, si yo hubiese ido a la habitación de Juan, el empleado de la recepción me habría visto, no hay manera de evitarlo”. Había maneras, el inspector ya lo había pensado, pero Carlos Maggiore era tan inocente que su rostro de abuelo bondadoso lo proclamaba sin necesidad de ninguna otra prueba.

Luis Nipote, hombre corpulento, hombre de campo y de acción –había algún antecedente que el inspector conocía que lo mostraba– no podría ser un asesino de veneno, tendría que ser asesino de cuchillo o de revólver. No encajaba en la escena, no tenía motivos. De todas maneras el inspector lo interrogó.

–Yo escribo en mi habitación y soy ave de poco dormir. Me quedé trabajando hasta las dos o las tres, no me fijé en la hora. Empecé a navegar en Internet y se me pasaron las horas. Usted debe saber cómo es, una cosa lleva a otra y no se termina nunca. Avancé poco con mi manuscrito, pero me enteré de muchas cosas que no tenían nada que ver con el tema de las Masilotti.

Su declaración era limpia, no pretendía demostrar nada y esto terminó de convencer al inspector Cotelo que el hombre era inocente. Interrogó a Susana Caprifoglio para obedecer a los procedimientos, nada más. El veneno es arma de mujer, pero aquella mujer maternal –como había podido comprobar por los restantes testimonios– no solamente no tenía motivos, sino que no encajaba en el perfil de una asesina. Cortésmente escuchó su declaración y amablemente la despidió.

## Domingo al mediodía

El almuerzo del domingo tuvo un tema de conversación obligatorio: el asesinato de Juan. No había manera de evitarlo. Una y otra vez el lugar vacío les recordaba el hecho. La aparición de una morocha grande con delantal a cuadros, los trajo de inmediato a otra realidad.

–Yo soy la cocinera. Hoy es domingo y esta tarde se marchan. Ha sido un gusto servirles y me he tomado el atrevimiento de venir a preguntarles algo. Es día de pasta y quería prepararles algo especial: raviolos tradicionales. Son de seso y ustedes saben... (todos sabían que las reses uruguayas no tienen “vaca loca” porque ya no tienen sesos). Si alguno no se anima, también corté unos tallarines.

–¡Encantados! –dijo Carlos creyendo asumir la representación de todos los escritores–en–capilla– hace años que soportamos esta veda hipócrita. Traiga

unos buenos platos de esos excelentes raviolos.

La criolla, animada con las palabras de Carlos, envió como entrada una perdices en escabeche. Más violaciones de la veda. Ante aquel manjar –que estaba en su punto perfecto, nada de exceso de vinagre, las rodajas de zanahoria, la cebolla, la pimienta negra, todo exacto– el tema del asesinato pasó a segundo plano.

–Hay algo que debo hacer –dijo Susana mientras se levantaba y recorría los platos de Carlos, Edmundo y Luis– y es quitar el “huesito”. En mi familia circula la historia de alguien que se atragantó con un “huesito” de perdiz y no necesitamos otra tragedia hoy.

Con maternal solicitud y con la experiencia de quien ha vivido mucho tiempo en el campo, Susana recogió cada una de las “U” que las perdices guardan en su gañote para vengarse, en el distraído comensal, por su muerte violenta. Una vez que los cuatro huesos estuvieron en el borde de cada plato, sonrió y dijo “comamos”. A las perdices siguió un enorme plato de raviolos rellenos de seso y espinaca, acompañados con un ragú oscuro de carne, hecho a la criolla. Se hizo el solemne silencio que acompaña a toda excelencia gastronómica. Solo unos minutos de descanso permitieron que los escritores–en–capilla, ahora escritores cebados, pudiesen acomodar sus panzas –otro nombre no podrían tener– cuando llegaron los flanes caseros y el café.

–Hemos comido opíparamente, esta ha sido el almuerzo de duelo como se estila en algunos lugares de Europa –dijo Nipote, el primero en recuperar el habla.

Carlos Magiore había estado toda la mañana buscando una explicación del asesinato de Juan y éste era el momento de comenzar a exponerla ya que Luis, actuando como involuntario maestro de ceremonias, había empezado a hablar dando fin al almuerzo.

–La regla uno de la investigación de un asesinato es, como todos saben, *cherchez la femme*. Yo la encontré y creo que Gabriella lo hizo. Me parece una ligereza de este inspector de provincias haberle permitido irse. Los hechos son claros –sentenció Carlos.

–¿Cómo claros? En esta historia hay de todo menos claridad –protestó Susana–, explícanos esa teoría tan clara.

–Primero tenemos que retroceder a la noche del viernes.

–Por favor, no regreses al ladrido del perro otra vez –se quejó aparatosa-mente Luis.

–En mi historia hay mugidos y no ladridos. ¿Recuerdan la conversación con Gabriella? Juan, como siempre, repitió su idea del Uruguay Tecnológico. Esto no le gustó nada a la estanciera que se estaba arruinando por la cotización del dólar y las deudas de su campo. Y venía este intelectual urbano, especialista en computadoras, que no necesita trabajar para vivir, a decirle que el futuro era precisamente las computadoras, su área de dominio. Se armó una discusión bastante acalorada. Recuerdan que siguieron discutiendo de voz en cuello en una mesa aparte. Yo creí que en un momento Gabriella lo abofetearía, de tan enojada que estaba.

–Es cierto, Carlos, ahora que lo recuerdas, yo también pensé que la discusión se había ido de tono –agregó Susana–, pero ¿te parece que una discusión retórica lleva a matar a alguien?

–No era retórica, era una lucha de dos concepciones diferentes. Es el mundo agropecuario, que ha controlado en mayor o menor grado a este país durante 400 años y que ahora deja de hacerlo. ¿Saben cuánto es el PBI agrícola de Uruguay? –Carlos no esperó la respuesta porque se imaginaba que no lo sabían– el siete por ciento, repito para que lo oigan bien, el siete por ciento de todo cuanto se produce. Cómo quieren estos buenos señores vivir como en tiempos de Artigas, cuando el mundo ha cambiado varias veces desde ese entonces.

–Yo oí que Gabriella le dijo a Juan en un momento: “a las personas como usted hay que quitarlas del medio para que no hagan más daño” pero lo tomé como una exageración del momento –agregó Luis– Nadie que tenga intenciones serias de hacer algo así, lo dice en público.

–Sí, eso es cierto, pero nunca se sabe cuánto hay vivido y escondido en cada alma humana –comentó Susana para sí.

–Tenemos entonces una estanciera que no entiende al capitalismo y un intelectual de izquierda que dice a quien lo quiera oír que es marxista y que el futuro es la tecnología. En otro tiempo esto se llamaba “lucha de clases”, esta es una mini-lucha.

–No me parece que pueda llegar a tanto –agregó Luis.

–Sin embargo yo vi a Gabriella desesperada, agobiada por la pérdida de su patrimonio. Es una empresaria que no entiende al capitalismo. Nunca hubiera podido sobrevivir, ni aún en los tiempos de la Patria Vieja en que sería del grupo de los que traicionaron a Artigas. Las furias del interés personal no conocen límites. Yo creo que volvieron a discutir pero esta vez con una estrategia

diferente. Me imagino a Gabriella golpeando en la habitación de Juan, con una sonrisa y una botella de *Cognac* en la mano, dispuesta a hacer las paces. Pero una cosa llevó a otra, el nivel de discusión aumentó como aumentó la otra noche y finalizó en tragedia.

–Carlos, Carlos, no exageremos –dijo Luis– ¿De dónde sacó el veneno? ¿Quién anda por el mundo con una botella de *Cognac* y un frasco de veneno? ¿Lo llevaba cuando iba a hacer las paces? Tu teoría tiene dos fallas: el motivo y la ocasión. No hay nada que la apoye.

–Muy bien, ¿cuál es tu versión de los hechos entonces? Seguramente tendrás una mejor teoría –respondió Carlos con bonhomía.

–Claro que la tengo y me parece bastante obvia –respondió Luis. Tenemos una rubia misteriosa que ha desaparecido. Esta es la mejor muestra de culpabilidad. Hasta el inspector sospecha de ella. ¿Qué mejor culpable que el que confiesa?

–¿Y los motivos? –agregó Carlos. Una muerte debe tener motivos.

–Creo que el motivo es obvio. Juan la persiguió desde el primer momento. Es posible que la haya invitado a su habitación, la convidó con *Cognac*. “Cuando las mujeres beben, disfrutan los hombres”, dice un proverbio francés. Juan siempre tuvo fama de mujeriego y conquistador. Es un playboy típico, excepto que tiene el hobby de escribir novelas policiales. Entonces quiso aprovechar la oportunidad y a ella no le gustó la cosa y se defendió.

–Objeción, la misma que me hiciste. ¿Por qué Lapislázuli traía veneno? –respondió Carlos. No conozco a nadie que vaya a una cita galante con un frasco de veneno.

–La historia puede ser más complicada. ¿Por qué la rubia no puede ser una amante despechada? La rubia aceptó la invitación porque era una ocasión para vengarse, por eso traía veneno, era un asesinato premeditado. Creo que fue ella misma la que trajo el *Cognac* cuando Juan la invitó a su habitación. Ya se imaginaba como seguiría todo.

–Luis, si era una amante despechada, ¿cómo fue que Juan no la reconoció? –agregó Carlos con aire de sorna. Uno no olvida así nomás a sus amantes, ni aún en el caso en que fueron abandonadas.

–No sabemos si no la reconoció. Tal vez no quiso decirlo, tal vez pensó que era una oportunidad de una aventura del fin de semana para recordar viejos tiempos. No te olvides que fue él quien la bautizó Lapislázuli desde el primer momento y ella no objetó nada. Tal vez ésta sea la prueba que la conocía y que

Lapislázuli era su sobrenombre en la intimidad.

–Era una mujer muy joven, 22 a 24 años, ¿qué haría con un veterano como Juan? –objetó nuevamente Carlos.

–Eso no –dijo Susana– hay cientos de historias así. No seas antiguo Carlos, las edades ya han sido abolidas y en la variedad está el gusto. Además, ¿por qué no podría ser la madre de Lapislázuli la despechada y ella solamente una hija vengadora que llega del pasado?

–También podría ser así –se defendió Luis– ¿por qué no?

–Por este camino llegaremos a un culebrón –se burló Carlos– en pocos minutos más llegaremos a que Lapislázuli era la hija desconocida de Juan y, por lo tanto, parricida como en una tragedia griega o un teleteatro colombiano. Pero te lo dejo pasar, porque tengo un punto más fuerte que objetar y es el *Cognac*.

–¿Lo misterioso del ladrido del *Cognac*? –se burló Edmundo, que había permanecido callado hasta este momento.

–Algo de eso –agregó muy serio Carlos. Yo ocupé mi mañana en recorrer algunos comercios de la Península y de la Parada 2. ¿Saben lo que hacía? Intentaba comprar una botella de *Cognac*. Pero no una botella cualquiera. Una botella idéntica a la que apareció en la habitación 119 del asesinato.

–¿Pero tú no bebes, Carlos? –interrogó Susana– ¿para qué harías esto?

–Para confirmar mi sospecha. Yo no bebo, pero tengo educación en bebidas alcohólicas, además de saber consultar a Internet. Camus XO es un *Cognac* raro, a tal punto que no se encuentra en el bar de La Capilla, ni en ningún comercio de bebidas finas de Punta del Este, ni en los supermercados, ni en el bar del Conrad donde me explicaron, muy amablemente, que solamente lo tenía en temporada o porque se compraba para algún cliente especial. En resumen, lo primero a explicar es lo misterioso del *Cognac* Camus XO en la habitación que terminó siendo mortal para el pobre Juan.

El comentario de Carlos dejó mudos a todos. Su argumento tenía mucha fuerza, pero no explicaba la reconstrucción que él mismo había hecho del asesinato. Carlos dejó un momento de silencio para que descubrieran la laguna de su razonamiento, que era idéntica a la de Luis. ¿De dónde había salido la botella que no se podía comprar? Cuando a Luis se le iluminó el rostro porque había descubierto que la objeción de Carlos también se aplicaba a su teoría, oyó decir:

–¿Alguno de ustedes vio a Gabriella durante el día sábado? –preguntó Car-

los con inocencia.

–No te escurras, el problema es otro...–atacó Luis.

–Pues también he averiguado que Gabriella el sábado fue hasta su campo en San Carlos. Volvió con el auto embarrado como todos lo pudimos ver. La casa de Gabriella está en una colina y es famosa en la región. La llaman “la casa de la estrella de cine”. Tiene piscina cubierta, biblioteca, calefacción, generadores de electricidad, polígono de tiro, todo lo que debe tener un establecimiento rural para vivir mejor que en Montevideo, además de una cava famosa en todo Maldonado. Su padre era un gran conocedor de bebidas y tenía una colección famosa. –Carlos hizo una pausa teatral– Afirmando que simplemente fue a buscar una botella de Camus XO, de las que debe tener varias en su cava, luego que oyó la conversación entre Juan y Fox y las largas libaciones que hicieron. Allí pensó que sería muy fácil insinuarse o, simplemente, mostrarle la botella de Camus XO y sugerirle beber en privado. Al vanidoso seguramente le encantó la idea.

–¿Y el veneno? –preguntó sin convicción Luis, tal vez anticipando la respuesta.

–Cualquiera que conozca algo de campo sabe que en los galpones de una estancia hay todo tipo de venenos –dijo Susana con firmeza.

Carlos sonrió complacido. Su teoría era la más firme. Pero dejó que el resto de los comensales la asimilaran completamente en todos sus detalles.

–Un momento –se precipitó Luis–, también la rubia podría conocer los gustos de Juan y el interés inmediato que despertaría una botella de Camus XO. ¿Acaso no estoy imaginando que era una antigua amante o una hija? ¿Qué le impedía comprar en Montevideo una botella y traerla, junto con el veneno, para su actuación del fin de semana?

Ahora fue Carlos el que calló. Lo que valía para uno, también valía para el otro. Esta fue la pausa que aprovechó Susana para proponer su propia versión del asesinato.

–Las dos teorías de ustedes tienen un vicio de fondo –dijo Susana con resolución– Los dos acusan a mujeres y a mujeres que no están presentes. Me gustaría saber si dirían lo mismo con ellas delante. Además, aquí hay mayoría de hombres. Típico machismo. Todos sabemos que los asesinos siempre son hombres, es un hecho.

Carlos y Luis protestaron airadamente, pero Susana no les hizo caso y continuó con su teoría.

–Yo creo que el asesino es Guillermo Fox. Como se han ocupado tanto del *Cognac* comenzaré por este punto. Fox viene de Buenos Aires, luego pasó por un Free Shop. ¿Cuál es el lugar más seguro para comprar una bebida cara y rara sino allí? Los hombres lo hacen todo el tiempo. Yo estoy segura que Fox compró una botella de Camus XO en Buenos Aires, en el Aeroparque. Aquí no hay ningún problema para aceptarlo.

–Concedido –dijeron los hombres a coro.

–Tu problema, Susana, no es la botella –le aclaró Carlos– que has explicado muy bien, sino el motivo. ¿Por qué lo hizo? Todos suponemos que Fox y Juan no se conocían y esto apunta a que no existe motivo para matarlo.

–Más despacio –dijo Susana– ¿qué hacía Fox en Punta del Este?

–Dijo que tenía unos asuntos pendientes para arreglar –recordó Luis.

–Bien, tal vez hay algunos detalles que no sepan. La noche del viernes, Fox y Juan estuvieron bebiendo en el bar. Los vi al acercarme a buscar una botella de agua para la noche. Pero esto no es todo, lo mismo sucedió el sábado por la noche, la víspera del asesinato. Yo no escucho conversaciones ajenas, pero no pude evitar oír fragmentos en ambos casos. El viernes Fox dio a entender que la fuente de sus problemas era afectiva y que su mal residía en Punta del Este. El sábado, algo más elocuente, dio a entender que una mujer lo había abandonado luego de vivir una historia bastante intensa. Ésta era la fuente de sus males y estaba allí para solucionarlo. Juan le preguntó el nombre de la mujer, pero Fox se negó una y otra vez a decirlo. Al otro día Juan estaba muerto. Fue algo premeditado por el uso del veneno y por la historia de Camus. No los aburriré con lo que ya saben.

–Todavía no nos has dado un motivo –objetó Luis.

–”Hombres necios que acusáis a la mujer sin razón” –respondió Susana con una sonrisa que también era una mueca. Un mujeriego como Juan, muere luego de tener dos largas conversaciones con un argentino –abandonado por una uruguaya (presumiblemente) y dispuesto a solucionar sus males en Punta del Este– ¿qué más se necesita? Fox no mencionaba el nombre de su amada porque era Juan el responsable de la separación. Otra de sus conquistas de serpiente hipnotizadora. Solamente que esta vez no le salió gratis, perdió la vida por su ligereza.

–Siendo mal pensado, también puede ser que la mujer en cuestión sea la propia esposa de Fox y que le resulte intolerable una aventura con Juan. Puede haber otras hipótesis. Bien, Susana, tu teoría es coherente, pero tiene un punto

débil –dijo Carlos. Si la muerte de Juan es, en realidad, una venganza ¿cómo se enteró Fox que estaría en La Capilla el fin de semana? ¿Cómo planeó todo? ¿Era adivino?

–O usaba la bola de cristal moderna: Google –respondió Susana con su mejor sonrisa. Edmundo, que no me deja mentir porque está presente, ha publicitado a todo el mundo el encuentro en La Capilla. Llamó a la prensa, estuvo en la televisión, concedió entrevistas, envió correo. El viernes estuvieron los periodistas de Galería, ¿qué más quieren? Cualquiera que desee vengarse de Juan podría saber una semana atrás que este preciso fin de semana estaría en La Capilla, simplemente Google le avisó en forma automática. Hay un mecanismo de aviso, me han dicho. Otro día cualquiera no era fácilmente ubicable, pero este encuentro le suministraba una oportunidad única para estudiar de cerca a su enemigo, elegir el momento preciso para matarlo y desaparecer sin despertar sospechas. Esto fue lo que hizo.

–Me has dejado mudo, respondió Luis.

–Pero además –Susana quiso dar su golpe final– algunas mujeres nunca rompen con un viejo amante. Hasta es posible que haya sido ella la informante involuntaria que le comentó a Fox de la reunión en La Capilla. ¡Es insondable la naturaleza humana!

Aquello dejó a todos helados. Susana había dado argumentos y detalles que nunca habrían imaginado. Guardaron silencio y terminaron sus platos. Fue entonces cuando Carlos dijo:

–Nos falta tu teoría, Edmundo.

–No tengo ni teoría, ni hipótesis ni tesis –respondió Edmundo– prefiero leer primero el fragmento que Juan tenía escrito en su computadora y que el inspector se ha llevado. Tal vez allí encontremos una pista. En cambio tengo una propuesta importante: ¡felicitemos a la cocinera! Toda persona se gratifica con un reconocimiento y ha trabajado en forma excelente.

Todos aprobaron calurosamente la idea y pidieron por ella.

–Yo les agradezco que se hayan acordado de mí. Disculpen el atrevimiento, pero se me ocurrió que después de la tragedia del señor Juan, una buena comida criolla era mejor para ánimo de todos. Igual terminarán el libro, ¿verdad?

–Ahora más que nunca –respondió Edmundo.

–Se acordarán de mí y ¿me mandarán uno? –dijo con timidez la criolla.

–Es más –agregó Edmundo– vendremos a La Capilla a presentarlo y yo le entregaré personalmente su ejemplar.

## Domingo por la tarde

El domingo a las 18:00 horas se reunirían los escritores para terminar la jornada de La Capilla, pero la muerte de Juan había alterado toda la jornada. Edmundo aceptó que no se cumpliría ninguna formalidad y que le enviaran en el correr de la semana los documentos por correo. Sin embargo, los planes serían alterados nuevamente.

A las 17:15 se hizo presente en La Capilla el inspector Cotelo y ordenó que todos se reunieran en el salón del fondo para tener la privacidad necesaria. Venía serio y acompañado con varios agentes uniformados.

–Señora y señores, vayamos al asunto que nos ocupa –comenzó el inspector. Me han informado que durante el almuerzo han especulado acerca del asesinato de Juan Grannaso. Han sido imaginativos, por eso son escritores. Lamentablemente el trabajo policial es más simple y más directo. Comencemos por el dictamen del forense: Juan Grannaso ha muerto envenenado con cianuro agregado a su copa de bebida. Luego de varias copas, el aroma de almendras amargas del cianuro puede disimularse perfectamente entre los efluvios de una bebida espirituosa y más si está tibia como se bebe el *Cognac*. Juan Grannaso murió instantáneamente, sin poderse defender y sin darse cuenta que lo estaban envenenado. Primer punto. Esto nos habla de premeditación, nadie anda con cianuro en el bolsillo, el culpable cuando entró a la habitación 119 estaba dispuesto a matar.

–Segundo punto, en un asesinato lo primero que hay que preguntarse es ¿quién se beneficia? Busquemos a esta persona y tendremos el asesino o estaremos muy cerca.

–Perdone, inspector –interrumpió Carlos– pero también hay asesinatos por venganza, hay pasionales y hay accidentes. ¿No simplifica demasiado?

–La venganza es un motivo real –respondió el inspector–, pero las venganzas premeditadas son crímenes de novela, no existen en el mundo real. La venganza siempre es directa, en el momento, al otro día. Nadie planea una venganza durante años excepto en un ajuste de cuentas que ocurre luego que el asesino ha estado muchos años a la sombra masticando la venganza. Lo mismo sucede con los asesinatos pasionales, no son premeditados y este caso lo fue. Regresemos a la pregunta básica que nos hacíamos cuando el señor Maggiore tuvo a bien interrumpirme –dijo disgustado Cotelo. ¿Quién se beneficia cuando un escritor es asesinado durante un fin de semana organizado por un editor que los ha reunido para escribir un libro? Señores... y señora, la res-

puesta es obvia: el editor.

Todos miraron a Edmundo, que conservaba la calma. Apenas mostraba su emoción interna: encendió un cigarrillo, cosa que estaba prohibida en todo lugar público cerrado.

—Señor Edmundo Canaglia —dijo el inspector con firmeza mientras hacía un gesto a sus agentes— lo arresto por haber planificado esta comedia, por haber decidido matar a Juan Grannaso de una manera alevosa (todo envenenamiento es alevoso) con la finalidad de obtener una enorme publicidad gratis para el libro de los escritores—en—capilla. Es seguro que tiene un contrato para publicarlo en el extranjero y hasta me imagino que uno de ustedes, que hace cine, también puede formar parte de este complot y terminarán haciendo la película. Ahora está de moda hacer cine en Uruguay, ganar premios y todo eso. Eso ya lo veremos. Agentes, procedan.

## La edición del libro

Edmundo quedó en libertad, el lunes por la mañana, por falta de pruebas. El sábado por la noche había ido al teatro en Montevideo y luego a cenar. Tenía múltiples testigos. En su auto estaban los comprobantes de los peajes que mostraban que había llegado por la mañana del domingo. El perro Shelley no había ladrado. Todo justificaba que no había estado en La Capilla en la noche del asesinato.

Lapislázuli fue descartada como culpable porque no se había podido comprobar ningún motivo real para matar a Juan Grannaso. Las especulaciones de los escritores—en—capilla no eran más que fantasía sin apoyo en hechos.

Los escritores—en—capilla lograron reponerse unos días después y enviaron sus manuscritos electrónicos. El inspector Cotelo apareció en la primera plana de los diarios de Montevideo y Edmundo Canaglia obtuvo más publicidad de lo que nunca habría soñado para su libro. Sólo faltaba una cosa: hallar la persona culpable del asesinato. La prensa recogió las diversas teorías, pero nadie encontraba una causa para procesar a un culpable.

Carlos comentaría públicamente, días después, “en este país los culpables nunca aparecen y si aparecen, nunca son condenados”. Ivette Troglione, entrevistada por la revista Galería, negó que en una futura edición de “Cosecha de sangre” aparecería lo que ya se conocía como “el asesino de La Capilla” o “el envenenador del *Cognac*”.

En los primeros días de julio se reunieron los tres escritores—en—capilla,

Ivette y Edmundo para discutir qué hacer con el libro. Se llegó al acuerdo que se debía publicar. Ivette Troglione agregaría un segundo prólogo historiando someramente el asesinato en La Capilla.

–Yo tengo algo que consultarles –agregó Edmundo cuando la mayoría de los puntos estaba resueltos–. He recuperado la computadora de Juan y también su manuscrito. Es menos interesante de lo que esperaba, pero las circunstancias creo que hacen deseable publicarlo.

Todos asintieron, parecía un homenaje póstumo.

–De todas maneras quiero leerlo aquí, en voz alta, para recordar a Juan y para que conozcan el texto antes de publicarlo. Me tomará solamente unos minutos. Edmundo comenzó a leer.

## El oro de la legión

Ante todo debemos respondernos a dos interrogantes: ¿cómo fuimos elegidos los escritores–en–capilla? ¿Por qué el tema elegido es el tesoro de las Masilotti? He estado investigado un poco y especulando mucho esta semana previa. Internet me ha sido de gran utilidad, sin duda.

Una primera observación: todos en La Capilla somos descendientes de italianos, basta repasar los apellidos. Aquí comenzamos a respondernos la primera pregunta. La búsqueda de estos apellidos no arroja ninguna vinculación regional italiana, vienen de todos los rincones de la Bota. Sin embargo hay un elemento común a todos ellos, como he podido comprobar con los libros de Fernández Saldaña, Castellanos, Goldaracena y también Internet: todos nuestros antepasados ya estaban cuando estalló la Guerra Grande. Somos todos “italianos viejos”. Esto no puede ser una casualidad, tiene que ser la obra de Ivette Troglione. ¿Para qué acudiría Canaglia a una historiadora si simplemente deseaba tomar como tema el presunto tesoro de la Masilotti? ¿Acaso no vivimos todos, a diferentes edades por supuesto, la historia de la búsqueda? Es un caso bien conocido. Además, no se trata de escribir una novela histórica, la propuesta de Canaglia era libre. ¿Será tan libre como dice?

Comencemos por analizar el papel de Troglione. ¿Era necesaria la presencia de una historiadora tan prestigiosa? Esta pregunta nos lleva a otro punto: ¿Qué sostiene el informe que nos ha presentado? Quitándole todo lo accesorio, creo que el punto central de su argumento está en este párrafo:

*Según las denunciantes el tesoro había pertenecido a un cardenal ita-*

*liano, Juan María Mastai–Ferretti, que resolvió trasladarse a nuestro país, en 1824, con toda su fortuna en joyas, monedas y lingotes de oro. Al estallar la Guerra Grande, en 1839, este hombre participó del lado del gobierno colorado de la Defensa, luchó en la Legión Garibaldina y se enamoró de una uruguaya, con la que tuvo un hijo. Mastai–Ferretti escondió sus valiosos bienes en el predio del camposanto, y volvió a Italia acompañado de su hijo –la madre había muerto en el parto– entregándolo a una familia amiga. En 1846, Mastai–Ferretti fue nombrado papa con el nombre de Pío IX. Al morir, en 1878, dejó a sus descendientes un plano preciso de la ubicación del tesoro.*

Veamos sus argumentos uno por uno. Ivette no te enojés por discrepar, pero también la historia del tesoro es opinable. Mastai–Ferretti viajó a América del Sur en 1823, enviado como ayudante del nuncio apostólico Giovanni Musi a Chile y Perú –notar que no era el Río de la Plata–. En esta misión estuvo hasta 1825, momento en que regresó a Roma y pasó a dirigir el hospital de San Michele. Nunca más salió de Italia. ¿Que nos dice Troglione? No solamente que en 1824 visitó nuestro país –cosa que no es imposible, porque estaba en América del Sur– pero que en 1839 no solamente continuaba en Uruguay sino que también luchó en la Legión Garibaldina fundada en 1843. Todo esto es muy curioso, porque en 1827 Mastai–Ferretti era arzobispo de Spoleto y luego fue trasladado a Imola. En 1839 era *cardenale in pectore* de Gregorio XVI –curioso para un alguien que estaba en Uruguay– y en 1840 fue nombrado cardenal. Espero que Ivette no se disguste conmigo por haber descubierto este pequeño fallo en su historia, pero ya veremos por qué lo hizo. No contento con todo esto, el conde Mastai–Ferretti se dio el lujo de ser garibaldino, legionario, combatiente, enamorado y padre de familia. Todo muy eficiente para alguien que dos o tres años después sería consagrado papa.

Dice Ivette que Mastai–Ferretti llevó a su hijo a Italia, muerta ya la madre. Pero veamos, ¿hay un hijo del papa en Italia y a nadie le preocupa? ¿Será por eso que por eso el Emperador de Austria–Hungría se oponía y pensaba vetarlo en el cónclave cardenalicio?

¿Qué motivo hay para que un sacerdote simple, proveniente de una familia rica, que comienza su carrera en las jerarquías de la Iglesia viajando al fin del mundo, América del Sur, lleve consigo una cuantiosa fortuna? Más todavía, regresó con su hijo, pero dejó su tesoro enterrada en Montevideo. ¿Tiene lógica?

Pionono, beato, infalible y papa de máxima duración, cuando murió en

1878, según la pretendida historia de las Masilotti, dejó a su hijo un plano preciso del lugar donde había enterrado su tesoro –traído para el hijo que presuntamente tendría en América–. Según mis investigaciones, Mastai–Ferretti regresó a Italia en 1825; según las de Ivette, nunca antes de 1843 –de otro modo no podría haber sido legionario de Garibaldi–. Luego, Pionono tenía buena memoria y fe en la inmutabilidad de las cosas para suponer que 53 años después, según mi cronología o 35 según la de Ivette, el plano sería válido y preciso. Sabemos por el testimonio de Fernández Saldaña que el actual Cementerio Central existía durante la Guerra Grande, una litografía inglesa titulada “Montevideo desde el Cementerio” así lo asegura y los soldados dibujados lo corroboran. También sabemos que en 1855 estaba en estado ruinoso de los desastres de la guerra. Conclusión, es muy poco probable que Pionono tuviese un plano confiable o, siendo el hombre que era, no enviara a un agente a verificar el estado de las cosas como podría hacer con sólo mover un dedo.

Cortemos por lo sano, nos aconseja William of Okham, quitemos todo lo que sobra de la historia del tesoro y llegaremos a alguna parte.

El tesoro también estuvo relacionado con Garibaldi y la legión italiana, aún en la historia Mastai–Ferretti. Este es el punto donde lo casual se convierte en causal. Si el presunto tesoro quedó en Uruguay, es evidente que Garibaldi no se lo llevó. No financió sus revoluciones italianas con oro sudamericano, está claro. ¿De dónde salió y tesoro? Sabemos que Garibaldi fue recompensado por Bento Gonçalves con algo de dinero de la revolución de los Farrapos por sus acciones militares, pero este no es el origen del tesoro.

Veamos las andanzas de Garibaldi y su Legión Italiana. En 1843 organizó la Legión. En 1845 comenzó su campaña del litoral y en abril saqueó y tomó a Colonia del Sacramento, siguió luego con Martín García y en septiembre saqueó a Guleguaychú. En octubre ocupó el Salto Oriental. El 8 de febrero de 1846 ocurrió la batalla de San Antonio a corta distancia de la ciudad. ¿Cuál otro puede ser su origen del tesoro sino de los saqueos que la Legión hizo durante la campaña del litoral? Es una regla de oro que el “pirata” Garibaldi repartiese parte del botín entre los legionarios más destacados. Uno o varios, supongo, son los dueños de tesoro que buscaron las hermanas Masilotti.

Incidentalmente, no podemos comprobar si las Masilotti también descendían de algún legionario, pues su apellido no aparece en la lista de San Antonio. Creo que su historia es totalmente inventada o falsa. Pero me anticipo.

El 24 de febrero de 1846 el Superior Gobierno de la Defensa decreta hono-

res a la Legión Italiana por triunfo en la batalla de San Antonio. En su tercer considerando dice: “*Los nombres de los que combatieron ese día, después de la separación de la caballería serán inscriptos en un cuadro que se colocará en la Casa de Gobierno frente a las armas nacionales encabezando la lista los que allí murieron.*” Sin embargo este cuadro jamás se pintó y solamente tenemos referencias indirectas. En mi familia se conserva un manuscrito que se entregó, junto con otros materiales, a Gaetano Gallino el pintor genovés encargado de ejecutar el cuadro conmemorativo y también pariente de nuestra familia. Según los secretos de familia, Gallino nunca realizó su encargo porque, encandilado por los ojos oscuros de Anita, a quien pintó el único retrato que se conoce de ella, nunca pudo salir del primer plano en aparecía ella, como enfermera, atendiendo a los caídos de la Legión. Por esta lista –que alguna vez ha sido publicada y sin duda es la fuente principal de Troglione para cumplir con la investigación que le encomendó Edmundo– sé que todos somos “italianos viejos”, descendientes de los legionarios de Garibaldi.

Pero sé más aún y también debe saberlo Troglione: somos los únicos descendientes por línea paterna de los legionarios. Ningún otro apellido de la lista de San Antonio sobrevive hoy. Me cabe una duda, eso sí. ¿Lapislázuli no será también una descendiente y se completa así un asombroso cuadro? El color de sus ojos, este azul esmaltado, era el color de los ojos de mías tías solteras. Podría jurar que también es parte de la idea secreta de Canaglia.

¿Qué tenemos entonces? Los últimos descendientes de los legionarios de San Antonio reunidos aquí y sabiendo desde antes que nuestro tema será, precisamente, el tesoro de la Legión. ¿Qué busca Canaglia con su pequeña conspiración? En forma pública, anuncia a los escritores en La Capilla trabajando un fin de semana. En forma secreta, busca reunir a los descendientes de los legionarios esperando que de este hecho surja nueva evidencia sobre el tesoro de la legión italiana...

\*

–Aquí se interrumpe el documento. Siguen solamente notas de trabajo dispersas, sin conexión entre sí.

Con estas palabras, Edmundo Canaglia concluyó la presentación del manuscrito de Juan encontrado en su computadora.

–Juan dijo que escribía una novela policial ¿dónde está? –preguntó Luis.

Solo obtuvo un encogimiento general de hombros de los presentes. El texto no parecía serlo y no había más explicación. Sin embargo había un muerto y un misterio por aclarar.

—O tal vez sí —agregó Carlos—, la historia está inconclusa o tal vez se borró una parte. Las computadoras pueden perder parte de la información y esta tal vez no fue apagada en forma correcta. Podría convertirse en un misterio policial en el cual uno de los presuntos descendientes de los legionarios, nosotros, tuviésemos una información parcial sobre el tesoro y entonces habría un motivo para una historia policial... .

Carlos interrumpió su análisis porque le surgió una nueva idea. “Esta es una historia con cuatro posibles asesinos y ningún acusado. Todos tienen motivos valederos pero no hay ninguna prueba. Es bien interesante.” No quiso compartir sus conclusiones con los demás.

## La presentación del libro

El día de la presentación del libro en Montevideo el auditorio estaba colmado de público y una buena cantidad de personas intentaban entrar para ver y oír lo que fuera posible. La revista Galería, los diarios y la televisión se habían ocupado muchas veces del “asesinato en La Capilla” como le llamaban algunos o el “asesinato—Masilotti” como decían otros.

Por esta razón Edmundo Canaglia, editor y creador del encuentro de escritores, contó la historia del libro, sus alegrías y sus tristezas. Anunció que al final se responderían preguntas. Luego Ivette Troglione presentó el material con el cual se trabajó y comentó brevemente cada una de las obras de los autores en capilla. Se detuvo especialmente en el manuscrito inconcluso de Juan Grannaso.

—Este manuscrito es el más curioso de todos. Declaró que escribiría un cuento policial, pero no aparece, no tiene final, no se ve cuál puede ser su orientación. El fragmento que conocemos solamente explora el posible origen del tesoro. No es historia, es relato. Parece sugerir que hay una conspiración por parte de Edmundo para juntar materiales inéditos sobre el tesoro de la Masilotti. Tal cosa no ha ocurrido, de más está decirlo. La historia del tesoro sigue inconclusa. Ahora se ha agregado el misterio del asesinato de Juan Grannaso, del cual tanto se ha ocupado la prensa.

Carlos Magiore, por acuerdo de todos, habló en nombre de los escritores—en—capilla.

–Amigos –comenzó Carlos– si dejamos de lado la trágica muerte de Juan Grannaso, la experiencia intelectual ha sido magnífica. Creo que la idea de poner en capilla a un grupo de escritores es excelente. Por eso propongo que se repita la experiencia y se continúe con el tema de las Masilotti cada año, en las cercanías de la noche de San Juan. Así podremos continuar explorando este tema que no ha parecido inacabable a todos. Lamentablemente se puede agregar también como tema a la investigación del asesinato de nuestro pobre Juan a la lista de los misterios. Me temo, sin embargo, que este asesinato integrará la larga lista de los casos no resueltos.

–Espero –dijo Luis por lo bajo– que en cada repetición del encuentro no muera otro escritor...

–No digas eso, Luis, no seas malvado –le respondió Susana por lo bajo.

Tomó la palabra nuevamente Edmundo e invitó al público a formular preguntas.

–¿Usted puede negar públicamente que no organizó una conspiración, como sostuvo el inspector Cotelo, para hacer publicidad sobre el libro y el evento? También lo sugiere el manuscrito de Juan Grannaso.

–La pregunta es impertinente. La policía no encontró ninguna prueba de tal cosa.

–Se ha dicho que Juan Grannaso no ha muerto, que todo fue una puesta en escena y que en cualquier momento aparecerá en Montevideo. ¿Qué puede decirnos?

–Sin comentarios. Por favor señores, estamos presentando un libro. Los autores están presentes. ¿No hay preguntas sobre el libro? ¿No hay preguntas a los autores?

–¿Usted puede afirmar públicamente que el inspector Cotelo es real y no un actor que contrató para la puesta en escena de La Capilla?

–Pregunta impertinente. Si usted es periodista, puede averiguarlo.

–¿Usted puede explicarnos por qué en un hotel reservado para los escritores en capilla había dos personas que no formaban parte del grupo? Me refiero a Fox y Credente. Los cuales, por rara coincidencia, parecen haber desaparecido. No los hemos podido encontrar.

–Señores, muchas gracias por su presencia y su interés. Ahora los invito a pasar a la otra sala donde brindaremos con una copa por el éxito de este libro –con estas palabras Edmundo Canaglia dio por terminada la presentación del libro.

El público, en medio de rumores y protestas, fue saliendo del salón. La copas de vino blanco helado comenzaron a circular. Los murmullos aumentaron de volumen. Los temas de conversación pasaron rápidamente del asesinato de Juan Grannaso a muchos otros. La presentación del libro, a pesar de algunos impertinentes, había sido un éxito.

Como broche final, Edmundo propuso un brindis entre el reducido círculo de La Capilla. Apareció Lapislázuli, disfrazada de moza, con una bandeja y media docena de copones para *Cognac*. Le sirvió agua mineral a Carlos Maggiore y a los demás, el dorado caldo escanciado de una botella de Camus XO. Lapislázuli fue la encargada de presentar el brindis.

—¡Bebamos por el viaje que Juan disfruta entre los dioses de Egipto y por su posible retorno del Amenti! Nunca un egipcio perdió la esperanza de la inmortalidad.

# Contenido

<b>Lapislázuli</b>	<b>5</b>
Viernes por la noche . . . . .	5
La mañana del sábado . . . . .	10
Sábado por la noche . . . . .	12
Domingo por la mañana . . . . .	14
Domingo al mediodía . . . . .	22
Domingo por la tarde . . . . .	30
La edición del libro . . . . .	31
El oro de la legión . . . . .	32
La presentación del libro . . . . .	36